EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NÚM 12887

PRECIOS DE SUSCRIPCION
En la Península—Un mes, 2 ptas—Tres meses, 6 id.—Extranjero—Tres meses 11'25 id—La suscripción se contará desde 1.° ó 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración: Mayor, 24
LUNES 27 DE OCTUBRE DE 1902

CONDICIONES
El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras á fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL
COMPAÑIA DE SEGUROS REUNIDOS
AGENCIAS en TODAS las PROVINCIAS de ESPAÑA, FRANCIA y PORTUGAL
37 AÑOS DE EXISTENCIA
SEGUROS sobre LA VIDA.—SEGUROS contra INCENDIOS.
Subdirección en Cartagena: VIUDA DE SORO Y COMPAÑIA, Caballos 15

EQUIPOS PARA NOVIAS
RUIZ DE VELASCO
MONTERA, 7, MADRID

Casa especial en toda clase de ropa blanca. Modelos de la más alta novedad en camisas de día y de noche *saut de Lit* y enaguas de vestir.
Especialidad en juegos de cama y mantelerías con incrustaciones, bordados y encajes.
Colchas de muselina de la India, confeccionadas, con cifras, entredoses y calados, estilo modernísimo.
Todas las rosas se cosen y bordan á mano.

PRECIOS FIJOS
—SE ENVIAN CATÁLOGOS—

Labor conveniente

Acabadas las maniobras militares, han regresado á la ciudad las tropas y á sus casas los reservistas y soldados que gozaban licencia ilimitada y trimestral.

No se ha perdido el tiempo ni es dinero tirado á la calle el gastado en las modestas operaciones realizadas. Ojalá se pudiera gastar con más abundancia en cosas de mayor relieve.

El ministro de la Guerra ha tenido una feliz inspiración al acordar las maniobras, y si en los años venideros las acuerda con más extensión, seguirá mereciendo los aplausos del país.

Las maniobras han sacado del cuartel á los soldados para hacer la vida de campaña. Durante siete días ha habido un paréntesis en la vida de la guarnición y al par que se han hecho pruebas de resistencia a la fatiga y se han recordado cosas que no deben olvidarse para realizarlas en momento oportuno, se ha puesto el ejército en contacto con los habitantes de los pueblos de la costa, en los que por regla general no se ven más soldados que los hijos del país cuando van á disfrutar licencia. De cómo se han complacido esos pueblos y de los agasajos que han hecho á los defensores de la patria, alojándolos en el sitio mejor del hogar, es prueba fehaciente lo ocurrido en la Union y en Perín, en Portmán y Mazarrón, en todos los pueblos donde han acampado los soldados de Sevilla y España: los recibieron con gran alegría y los han despedido con pena, pensando tal vez en que no volverá á repetirse la visita.

Con las maniobras se ha puesto de relieve la costumbre de obedecer los soldados aun después de cumplir la campaña. Los llamó quien podía y abandonaron sus ocupaciones del campo ó del taller para realizar el acto de presente, pudiéndose decir—y así lo hemos oido de autorizados labios—que se ha hecho la concentración mejor que se esperaba; faltando á la cita no más que el dos por ciento, cifra insignificante que está justificada porque de los reservistas llamados habrá algunos enfermos.

Lo que se ha hecho no es más que un ensayo, que ha salido bien, y saldrá mejor á medida que se vaya repitiendo los años sucesivos En ese ensayo se habrán puesto de relieve deficiencias que se irán remediando, pues las maniobras no tienen otro objeto que ver, cómo funciona el organismo militar y acostumbrarlo a que funcione bien.

Los que creen que el dinero gastado en esas cosas es un gasto inútil no están en lo cierto; si lo fuera no harían las maniobras que hacen los ejércitos franceses, alemanes, rusos é italianos, y en general todos los de las naciones que aspiran á tener sus ejércitos en condiciones de que al menor asomo de peligro puedan acudir á las fronteras ó á las costas para rechazarlo.

Para tener una escuadra que responda bien a las necesidades de un país, se necesita que maniobre mucho y que se adiestre en el ejercicio de cañón tirando al blanco. Recuérdese lo que hacían los buques norteamericanos en vísperas de ser enviados á bloquear á Cuba y lo certero de sus tiros cuando llegó el momento de entrar en combate. Es que habían tenido aprendizaje largo, haciendo la guerra de mentirijillas para estar en condiciones de hacerla de verdad cuando fuera preciso.

Ni las escuadras pueden estar guardadas é inactivas para lanzarlas al combate cuando se juzgue necesario, ni los ejércitos tampoco. Unas y otros hay que usarlos periódicamente, para tener la evidencia de que nada les falta para su buen funcionamiento.

El general Weyler al acordar las maniobras que se han realizado, ha hecho perfectamente; y celebraremos que no se detenga en el camino y le imiten los sucesivos ministros de la Guerra.

¿A qué van Uds. á paseo?

Una pollita—A flechar
lanzando miradas tiernas
Una abuela—A criticar
Un urbano—A evitar riñas
Una criada—A merecer
Una mamá—Voy á ver
si encuentro novio á mis niñas
Un adonis—A lucir
mi elegancia ¡soy atróz!
Un golfo—A vender «La Voz»
Una costurera—A oir
las palabras incoherentes
del patoso de mi amante
¡se va haciendo tan cargante
hoy el ramo de escribientes!
Una coqueta—A dar guerra
á todo el que me haga el oso.
—¡A seducir!—*Un gomoso*
Un marino—A no ver tierra
Un cabo—A ver el palmito
de tantas costurerillas
Un pobre—A cojer colillas
Un cura—A hacer apetito
Un barquillero—A sacar
las motas á los chiquillos
Un chico—A comprar barquillos
Una niña—Yo á bailar
Un cojo—A andar doble mal
Un enfermo—Por ser sano
paseo—*Un republicano*
—¡Porqué es mi gana real!
Una elegante—A dar celos
á un teniente de navío.
Un músico—¡Yo, Dios mio,
á tirarme de los pelos
Un quinto—A probar si pillo
de novia á una criada
Un aburrido—Yo á nada
¡á sentarme en un banquillo
Un gracioso—A hacer reir
Una vieja—A vender roscas
El que firma—A papar moscas
¡por no saber donde ir!

Eugenio Rey Sesenta.

LA NUEVA ESTACION

Como dijimos en nuestro número anterior, anteanoche llegó á esta ciudad el director de los ferro-carriles de Madrid, Zaragoza y Alicante, Sr. Süs, de cuya venida tenia conocimiento el alcalde señor Bruno respecto á la estación definitiva que ha de sustituir al inmundo barracón que durante cuarenta años está sirviendo de estación provisional.

La conferencia se celebró ayer mañana en la alcaldía, estando presentes á ella los concejales nombrados por el alcalde para formar la comisión que se había de ocupar en dicho asunto.

En espera de la hora de la cita, el señor Süs, que tiene entre sus buenas cualidades

Probad los Cognacs de HENRI GARNIER y C.ª

le-Vicomte, sin más servidumbre que una vieja, que iba algunas veces á barrer el cuarto, no se puede añadir que á «hacer la cama», porque no la tenía, sino que se acostaba en una hamaca traida de Inglaterra. Sobrio como un anacoreta y casi antiófago, se alimentaba de su pesca, habiéndose hecho á la postre un pescador tan infatigable como indomable cazador había sido en la primera mitad de su vida. Conocíanlo todos los ríos del país é incesantemente recorría sus orillas en diez leguas á la redonda.

Aquella noche, como casi todas, cuando se encontraba en Valognes iba á pasar la velada á casa de las señoritas de Touffedelys. Llevaba su caja de té y su tetera, y allí hacía el té en presencia de aquellas pobres mujeres primitivas, á quienes la emigración no había dado gusto tan asombroso como «la afición á esas hojitas arrolladas puesta en agua caliente.»

El Abate, que acaba de sobrevenir como un acontecimiento, y cuyas palabras espiaban las damas, palabras casi calmosas en salir de sus labios, como si hubiesen querido exasperar la curiosidad excitada, —el Abate era el único que se atrevía á tocar el brevaje herético del barón de Fierdrap. También él había estado en Inglaterra, según advirtió Ursula de Touffedelys. Para esas criaturas sedentarias metidas en su rincón, para esas inválidas del destino, aquello hubiese sido como ir á la Meca, si ellas hubieran oido

pelaje ó la pluma del animal, fué menester aquel fin del mundo llamado Revolución para arranca á Hylas de Fierdrap de sus bosques y pantanos. Noble ante todo, desde que se inició el levantamiento, ofreció al ejército de Conde un voluntario que, durante treinta leguas de camino sabía llevar gallardamente al hombro una escopeta de dos tiros, y que con las balas de sus dos cañones, así hubiese roto el pico á una chocha, como tumbado un jabalí hiriéndole entre los ojos Cuando fué licenciado el ejército de Condé, el barón de Fierdrap marchó á Inglaterra, al país de los excéntricos, y allí fué donde contrajo aquellas maneras de ser, por las cuales pasaba como un ente original á los ojos de los que lo habían conocido en su juventud *pareciéndose á todo el mundo.*

El hecho es que, como el gato del viejo Miserias, ya no se parecía á nadie. Habiendo perdido toda ó casi toda su fortuna patrimonial, vivía como podía de algunos restos y con la pensión mezquina que otorgó la Restauración á los pobres caballeros de San Luis que habían seguido heróicamente al extrajero á la Casa de Borbón y participado de su triste suerte. En esa vida de privaciones sufrió menos que otros muchos. Sus necesidades no eran numerosas. Tenía una salud de hierro, é que el ejercicio y el aire libre parecían haber dado una indestructible solidez. Habitaba una casita, en las aferas de la vecina villa de Saint-Sauveur-

por adornos esculpidos de esa chimenea, sino hubiesen movido los ojos, y si lo que acababa de decir el Abate no hubiese alterado terriblemente la severa armonía de su semblante y de su porte.

Las dos habían sido guapas, pero el anticuario más diestro en descifrar medallas borrosas no habría podido reconocer las líneas de esos dos camafeos, corroidos por el tiempo y por el más espantoso de los ácidos: una virginidad agriada. La Revolución se lo había arrebatado todo: familia, fortuna, felicidad doméstica, el amor en el matrimonio,—ese poema, más bello que la glacial, al decir de Mad. Stael,—y, al fin, la maternidad. No les había dejado más que las cabezas, pero blanqueadas y debilitadas por toda clase de dolores. Huérfanas cuando estalló, las dos Touffedelys no emigraron. Permanecieron como muchos nobles, en el Cotentin.—Esas señoritas, muy parecidas, de igual estatura, de idéntica voz, y vestidas siempre de los mismos colores, parecían una repetición de la naturaleza.

Aquella noche, como de costumbre, esas rutinarias de la amistad tenían en su salón una de sus amigas, noble como ellas, la cual trabajaba en un bordado de lo más estrambótico, con tal ardimiento, que parecía ensañarse en esa labor, interrumpida de repente por la llegada de su hermano el Abate. Nada más varonil, de facciones más atrevidas, de voz más enérgica que